

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 346

Barcelona, 13 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

AHORA

sí que ya no
cabe especular

con la suerte, la sorpresa, la listeza, ni con la improvisación, aunque se reputa genial. En el tablero ambos Ejércitos, el de la República ha sido más fuerte.

Teruel en el extranjero

Van llegando los ecos extranjeros de la victoria de Teruel. De la segunda victoria de Teruel, más importante, en cierto modo, que la primera, si no por razones técnicas, que en ese vedado no entramos, por razones morales. La primera victoria produjo estupor al otro lado de nuestra frontera. Sabidos son los motivos. Una campaña fasciosa de propaganda, que nosotros no habíamos contrarrestado — luego se ha visto que con muy buen acuerdo, porque los actos valen más que las palabras —, había llevado al ánimo de todo el mundo la inminencia de una ofensiva rebelde poderosa, que el Ejército de la República, votado por escasa capacidad de ataque a la defensa, podría difícilmente contener. Cuando se creía esto a pie juntillas y los comentaristas perdían su tiempo pronosticando fechas para el acontecimiento, he aquí que es el Ejército republicano quien rompe el fuego después de una pausa de dos meses, y en breves horas rompe el frente enemigo y conquista una ciudad considerada inexpugnable. Ya hemos dicho otras veces que una ciudad está conquistada cuando se poseen sus arterias principales y todos sus medios de comunicación, aunque queden, sitiados en ciertas zonas de su interior, núcleos más o menos nutridos de enemigos. Este suceso, como decimos, produjo estupor por lo inesperado y por lo contrario a la idea preconcebida de lo que tenía que ocurrir. Los adversarios de la República encontraron pronto medios de echar agua al vino. Había sobrevenido — dijeron — un accidente desgraciado que pronto tendría remedio. La sorpresa, la noche, la nieve, concitadas contra los rebeldes, habían proporcionado un éxito al Ejército republicano que se desvanecería inmediatamente, porque ya no habría sorpresa ni noche, y en cuanto a la nieve y el frío, se repartirían equitativamente entre los dos campos. Comenzaron a sonar las radios traidoras, surcaron los aires partes embusteras. «Teruel, reconquistado». «Los republicanos, batidos». Títulos a toda página en los periódicos. «Te Deums», charangas, e instantáneamente el derrumbe total: la contraofensiva fasciosa parada en seco, rendición completa de los sitiados, y Teruel más republicano que nunca y para siempre.

A la vista de esta segunda victoria, en el extranjero ya no ha habido estupor, sino convencimiento, certidumbre de una realidad. Frente a la conquista se pudo creer en el golpe de mano afortunado. Ya era mucho que un Ejército amenazado, según decían, de un ataque decisivo, tuviera presencia de ánimo y capacidad energética suficiente para dar golpes de mano que proporcionan ciudades, pero es que luego ha venido la batalla de potencia a potencia, y el Ejército de la República ha ganado también. Ahora sí que ya no cabe especular con la suerte, la sorpresa, la listeza, ni con la improvisación, aunque se reputa genial. En el tablero ambos Ejércitos, el de la República ha sido más fuerte.

Los ecos extranjeros que nos llegan, vienen henchidos de esta verdad elemental. Se les nota todavía el esfuerzo que les cuesta adaptar su maquinaria pensante al nuevo panorama de la guerra española. Ya se irán acostumbrando. Los más diligentes acusan ya el cambio de postura, que luego les resultará mucho más cómoda. Durante año y medio han estado viviendo colocados en una actitud violentísima. Convencidos de que la razón, el derecho y la justicia estaban de nuestra parte, el miedo a nuestra debilidad militar los llevaba, por precaución egoísta, a coquetear con los facciosos. La contradicción permanente en que vivían les tenía que resultar muy desagradable. El Ejército de la República ha venido a resolverles un problema. De aquí en adelante no lucharán, en ellos, su sentido recto del deber moral y sus cálculos interesados. Si el derecho y la fuerza están ya en una sola mano, el horizonte se aclara. Ahora sí sabrán cuál es su obligación de pueblos democráticos, ante una democracia avasallada. Ahora sí sabrán que hay en España unos traidores alzados contra su Patria y su Gobierno legítimo. Ahora sí sabrán cuál era su deber el 19 de julio. Y, aunque un poco tarde, ahora es posible que lo cumplan. Sobre todo para rescatar errores de principio que hacen tanto daño a los pueblos. La carretera de Teruel puede ser su camino de Damasco. Un poco tarde, pero más vale tarde que nunca. Dirán ellos.

(«La Vanguardia». Barcelona, 12-I-1938.)

Diputados laboristas ingleses, de vuelta de la España republicana

París, 11.—Hoy han llegado a París, procedentes de España, los diputados laboristas Sres. Aneurin Bevan y Tom William. Los demás diputados que han visitado España en estos días llegarán a París el 14 del corriente.

Los diputados citados han hecho las siguientes manifestaciones a los periodistas:

«Nos encontrábamos en el cuartel general del general Rojo, cuando la guarnición fascista de Teruel se rindió, y hemos escuchado las instrucciones telefónicas dadas por el general en persona. Una de sus órdenes fué: «Deben respetarse todas las vidas». El general Rojo ha decla-

rado que la batalla de Teruel ha terminado definitivamente, y nuestra opinión personal es la misma.

«Hemos visitado las diversas líneas del frente. Desde una pequeña altura hemos podido observar el moderno y perfecto sistema de trincheras: tan perfecto, que no nos ha sido posible ver ni uno sólo de los millares de soldados republicanos que en ellas se encontraban. Un largo convoy de camiones, con guardias de asalto, llegaba a Teruel con objeto de poner en práctica las medidas adoptadas por el Gobierno para asegurar el orden y la adminis-

tración en los servicios civiles de la ciudad.

«Hemos visto los prisioneros y el elemento civil que se hacía

El cínico descaro con que los facciosos informan al mundo

Nota facilitada en el Ministerio de Defensa Nacional

El día 9, cuando ya no quedaba en Teruel un solo combatiente faccioso; cuando todos los rebeldes que habían resistido en algunos reductos de dicha ciudad estaban en nuestro poder y teníamos presas a las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la citada capital, la información facilitada por Salamanca para la Prensa extranjera se resumía en los siguientes términos:

«Teruel se mantiene firme; y bajo sus cimientos de roca, Teruel y su guarnición vuelven a escribir con letras de sangre la historia heroica de su defensa, que ni España ni los españoles olvidarán jamás.»

He ahí una nueva prueba del cínico descaro con que los facciosos informan al mundo.

Declaraciones de Portela Valladares sobre los orígenes de la sublevación fascista

Londres, 11.—El «Manchester Guardian» publica una interview de su corresponsal con el Sr. Portela Valladares, ex presidente del Consejo de ministros de España. «El 17 de febrero de 1936, ha declarado el Sr. Portela, los líderes del ala derecha me pidieron que, en caso del triunfo del Frente Popular, implantase la dictadura. El mismo día, Franco me ofrecía su apoyo a un gobierno dictatorial. El 19, Franco y los demás insistieron en que se proclamase la dictadura. Yo rechacé sus proposiciones y decidí dar el poder al Frente Popular. Los líderes de las derechas participaron en los trabajos del Parlamento hasta la víspera misma de la guerra civil, y han colaborado en los trabajos de la Cámara, reconociendo la legitimidad de los poderes del Frente Popular.»

A propósito del nuevo ejército republicano, el ex presidente del Consejo ha declarado que las Academias militares de la República forman cada año 10.000 oficiales. La producción de guerra ha sido organizada. El mando republicano, que cuenta con 6.000 oficiales, pertenece al viejo ejército español.

Portela Valladares ha declarado que en el campo faccioso las matanzas salvajes llegan a un punto desconocido hasta ahora.

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

transportar a Valencia en grandes camiones. Todos se encontraban en lamentable estado, y muchos enfermos. Los prisioneros, sin embargo, cantaban, lo cual era una prueba suficiente de la alegría que sentían al encontrarse, por fin, en territorio republicano.

«La misma noche de nuestro regreso a Valencia, oímos las informaciones de la radio gubernamental y las referentes a las operaciones de Teruel. Podemos asegurar que hemos podido comprobar la rigurosa exactitud de esas informaciones.»

Los diputados han puesto de relieve la organización militar republicana, que califican de «maravillosa», así como la disciplina que, «a pesar de que las relaciones entre soldados y oficiales son en extremo cordiales, es perfecta».

Han subrayado igualmente la organización civil en la retaguardia. «Durante los últimos meses, y a pesar de las dificultades de la situación, se han construido nuevos refugios contra la aviación.

Nosotros hemos asistido a cuatro incursiones aéreas de los facciosos, incursiones que se producen casi a diario contra la costa cercana a Mallorca. El Gobierno inglés podría sacar de esto útiles consecuencias, si pensara que Malta se encuentra más cerca de Italia que Sagunto o Valencia lo están de Palma de Mallorca.»

Los diputados han terminado sus declaraciones manifestando que en Inglaterra, ahora, nadie cree ya en el triunfo definitivo de Franco.

El escritor cubano Marinello habla de España

La Habana, 11.—El ilustre ensayista cubano Juan Marinello, que acaba de regresar de España, donde ha pasado algún tiempo, ha pronunciado ayer en el «Stadium Polar» una conferencia sobre la España republicana, ante un auditorio de 40.000 personas.

El orador hizo ante sus oyentes una detallada y entusiasta exposición de la lucha que sostiene el pueblo español por su independencia, y de la labor creadora realizada en el orden interior por ese pueblo y por su Gobierno a lo largo de año y medio de lucha.

El episcopado español y la guerra civil

Por LUIS DAVID CRUZ OCAMPO

III

La acción del factor religioso

El valor histórico del documento episcopal ha quedado muy reducido después de la réplica que le ha dado el Canónigo de la Catedral de Córdoba, don José Manuel Gallegos Rocafull, quien afirma que: «En vez de informarse seriamente los obispos, prefieren dar como buenos los informes de la propaganda facciosa e incurrir en falsedades manifiestas como la de decir que las famosas colecciones de arte de la Catedral de Toledo, del Palacio de Liria y del Museo del Prado han sido torpemente expoliadas. Es probable que la falta de la necesaria imparcialidad en un documento de esta especie se deba al hecho que se consigna en nota al final de la réplica indicada y, según la cual, se ha publicado la carta del Cardenal Gomá, Arzobispo de Toledo, que fué agregada al documento para solicitar las firmas de los prelados. Según ella, la iniciativa de esta pastoral es obra de Franco y no del Episcopado de España.

Pero aun atribuyendo a este documento el valor de un testimonio imparcial que debería haber tenido, puede objetarse seriamente su manera limitada de presentar el problema relativo a las causas de la rebelión. Evita, en primer lugar, todo examen de la verdadera raíz del problema y da a fenómenos o hechos subordinados—como el de ser la agitación posterior a 1931—el realce y valor que sólo corresponde a lo principal, que se halla más allá de este período. No menciona en parte alguna como posible causa de la agitación social posterior a la monarquía la cuestión agraria que ha sido el gran problema de numerosas generaciones. Todos los factores económicos acumulados tras muy largos años de lamentable incuria gubernativa y de desorden social, son apenas aludidos en una breve frase. Dentro del documento episcopal, la rebelión de Franco aparece como una revolución que se ha generado exclusivamente como consecuencia de ciertos desórdenes callejeros y atentados contra las personas, cometidos por los bandos opuestos en los meses más próximos al estallido del movimiento. Tal punto de vista conduce a una apreciación errónea del fenómeno, pues, en realidad, el movimiento de Franco es la expresión de la contrarrevolución que ya había asomado prematuramente en Agosto de 1932, bajo la dirección de Sanjurjo. La revolución franquista habría estallado de todos modos, aunque no se hubieran producido los desórdenes callejeros que se indican como su causa. El programa de la revuelta, con su plan de movilización, estaba aprobado por los conjurados el 25 de mayo de 1936 y la revolución no estalló cuando Gil Robles salió del Ministerio de Guerra, porque todavía el ejército no estaba preparado para ello, según lo declara el propio Franco en un artículo suyo publicado por la «Revue Universelle», artículo al que haré referencia más adelante.

Un examen imparcial de los antecedentes causales de la revolución no puede limitarse a considerar sólo lo ocurrido cinco o seis años antes. La vida política y social de este período, en el que la Pastoral sitúa los orígenes de la rebelión, no es sino una consecuencia lógica, un efecto inevitable, de los regímenes anteriores. Atribuir al Frente Popular, que llegó al Poder pocos meses antes de la sublevación armada, la causa del trastorno que está destruyendo a España, es como atribuirle el poder de

hacer milagros. Por otra parte, para achacar a la República la responsabilidad de la subversión, sería necesario suponer que la vida política anterior era inexistente y que los sucesos de la monarquía borbónica no tuvieron importancia alguna para la forma de la sociedad española.

La República misma aparece, en realidad, como una reacción contra el desorden orgánico del Estado español. El Episcopado estuvo íntimamente unido a la monarquía, y dispuso, en consecuencia, de toda clase de influencias para haber podido realizar una labor patriótica que evitara el conflicto actual, procurando buscar soluciones de equidad para los problemas inquietantes de la realidad española. La Pastoral afirma que el sentimiento religioso tiene enorme influencia en España, lo que hace más clara todavía la responsabilidad de la autoridad religiosa que, estando en las mejores condiciones, no supo hacerlas servir en beneficio de España. Es imposible aceptar dentro de la lógica que los gobernantes de última hora tengan la responsabilidad de los sucesos y no la tengan, en cambio, los que durante largos años de paz tuvieron, sin trapeo, entre sus manos la hacienda y los destinos del Estado. Las clases que gobernaron hasta 1931, ¿cómo pueden, sin sacudirse primero de la enorme responsabilidad histórica que les afecta, convertirse en acusadores?

Es injusto que las clases directoras actualmente en rebelión pretendan resolver por medio de la matanza de sus compatriotas los problemas que debieron haber resuelto por vías de paz y de solidaridad humana. Pero es una injusticia que haría temblar de ira el verbo de los antiguos profetas el que todavía se culpe de esa catástrofe a los que son sus víctimas y no tienen otra responsabilidad que la de haber tenido demasiada paciencia.

El Episcopado español pretende demostrar que la guerra actual tiene antecedentes y finalidades de orden religioso; y señala, al efecto, los siguientes hechos en que se apoya este aserto: 1) Las leyes de expropiación de los bienes religiosos y la expulsión de las Congregaciones; 2) La orientación comunista del Gobierno del Frente Popular; 3) Las destrucciones de templos y los asesinatos de religiosos producidos desde 1931; y 4) Los fraudes electorales que habían viciado la última elección del Parlamento.

Si se considera detenidamente la naturaleza de los factores indicados, podrá comprobarse que son manifiestamente insuficientes para dar a la lucha un carácter específicamente religioso que justifique la posición de beligerancia adoptada por el Episcopado. Aun en el supuesto de que esos factores revelaran necesariamente una predisposición antirreligiosa, acaso hubiera sido más evangélico soportar esas injusticias que vengarlas con la matanza de seres que ninguna participación tenían en ellas. Los primeros cristianos sufrieron terribles persecuciones y no se creyeron autorizados para matar a sus adversarios. Estaban tal vez más próximas a sus oídos y a sus espíritus las palabras de Cristo dirigidas a uno de los suyos que, por defenderle, hirió a un servidor del Gran Sacerdote: «Vuelve tu espada a la vaina, pues todos los que se sirvan de la espada, perecerán por la espada». Estaban vivos aún los que habían recibido el encargo de ir a predicar el evangelio «sin bastón para defenderse ni alforjas para las provi-

TERUEL Y LA ALEGRIA FACCIOSA

El diario de San Sebastián "Unidad" del día 4 de Enero, ha publicado la siguiente nota de la Delegación de Orden Público

«Relación de las multas impuestas por esta Delegación, por no atender debidamente la nota de la Alcaldía referente a exteriorizar la alegría que a todos nos ha producido el triunfo de nuestro glorioso Ejército en el frente de Teruel:

Hotel Internacional, 250.

Hotel La Perla, 250.

José María Muguruza, 100.

Gonzalo Urbide Echevarría, 100.

Eduvigis Anza, 100.

José Garmendia, 100.

Félix Madina Michelena, 100.

Blanca y Luisa Aldasor, 100.

Bonifacio Franco Marticorena, 100.

Blas Buenechea, 100.

Francisco Aguirre Lafuente, 100.

Ramón Camino Aizpurua, 100.

José Aramendia, 100.

Ignacio Urdangarín, 100.

Julio Uría Ugarte, 100.

Raimundo Borda, 100.

Fernando Herrera Sordiozola, 100.

José María Garmendía, 100.

Manuel Lazcano Jáuregui, 100.

Ignacio Ulaiza Olaiz, 100.

Antonio Ibarburen, 100.

Federico Latasa Muro, 100.

José Manuel Lizasoain, 100.

Antonio Mendizábal, 100.

Al dueño del café Marina, por trato considerado a un herido, jefe del Ejército, 2.000 pesetas.

San Sebastián, 3 de enero de 1938, II Año Triunfal.

El Delegado de Orden Público.»

El triunfo del «glorioso ejército» de Franco en el frente de Teruel ha consistido, según sabe todo el mundo, en la pérdida del campo atrincherado, de la plaza fortificada y de la guarnición, con todo su material y de la derrota de las columnas de socorro después de veintidós días de batalla.

Sin duda, no estaban muy convencidos en San Sebastián los hoteleros, industriales y demás ciudadanos que no colgaron sus balcones ni iluminaron sus fachadas cuando lo ordenó el alcalde fascista, de que, efectivamente, Franco y sus tenientes Varela, Aranda y Dávila hubiesen logrado en Teruel una victoria. O tal vez, si cre-

siones». Ellos sabían que no estaban autorizados para matar a sus adversarios cuando sus predicaciones fracasaran.

(«La Hora». Santiago de Chile. 11-XI-37.)

Los crímenes perpetrados en Teruel por los fascistas

Relato de una maestra

Frente del Este, 10.—A una población de la retaguardia aragonesa, correspondiente al Ejército del Este, ha llegado una muchacha maestra nacional, a la que sorprendió la rebelión militar en Teruel, donde pasaba una temporada de descanso. La muchacha en cuestión ha contado horrores de la barbarie fascista que se cebó en la capital del Bajo Aragón con todos los elementos que no estaban afiliados a la Falange y al requeté, aunque no estuvieran considerados como izquierdistas.

—Cada día eran asesinadas docenas de personas, encontrándose luego sus cadáveres, en los que eran apreciadas señales de ensañamiento, desfigurándoles la cara quizá con objeto de que no fueran reconocidos. A tal extremo llegó el horror, que un día desde el púlpito de la catedral el padre Louzan hubo de llamar la atención con estas palabras: «El recuerdo de quien murió en la

Las informaciones que publica este DIARIO responden siempre a la veracidad más estricta.

cruz y sufrió vejaciones mil, impone que, siguiendo su ejemplo, nos mostremos un tanto magnánimos y terminemos cuanto antes el furor desencadenado, el río de sangre que bien podría ahogar el movimiento salvador. Basta ya de desapariciones. Termine el dolor que a todos ha de afligirnos...»

Bueno, pues —añadió la muchacha en cuestión— al día siguiente el predicador fué hallado muerto, con la cabeza machacada.

Y casos como este, a docenas. Sin tener en cuenta quiénes eran las víctimas.

El que no proclamaba francamente su simpatía por los facciosos, estaba perdido. Yo misma —termina la muchacha—, por tener mi familia en territorio leal, fui estrechamente vigilada, no siéndome permitido salir de Teruel, a cuya comandancia tuve que presentarme diariamente durante los tres primeros meses del

yeron las mendacidades de las radios facciosas, se lamentaron de ello en el fondo de sus corazones.

«Alegrarnos, nos manda el gran preboste —dijo el clásico—. En la España fascistoide, hay que alegrarse y afligirse cuando así lo disponen los que están arriba. La espontaneidad no existe. El ser humano es un número y una máquina, un muñeco del gigantesco retablo de maese Pedro montado por los explotadores del artificio gubernamental. No puede tener sangre, nervios, cerebro y víscera cardíaca. No cuentan con él para nada. No le reconocen derecho a reaccionar sentimental y mentalmente. Tal esclavitud no se vio ni entre los ilotas espartanos.

El infeliz vecino de los pueblos y ciudades dominados por el franquismo, tiembla cada mañana al desdoblar el diario. ¿Qué nuevas socaliñas habrán imaginado sus tiranos? ¿Qué donativo forzoso tendrá que hacer, bajo pena de embargo, multa, cárcel, paliza, destierro o muerte? ¿A qué grotesca farsa se verá obligado a asistir? ¿En qué homenaje al caudillo o a alguno de los aduladores del caudillo habrá de figurar? ¿En qué pliego de adhesión estampará, de orden superior, su firma? ¿Qué alemán o italiano le insultará, golpeará o despojará? ¿Qué moro o terciario atropellará a su esposa, su hija, su novia o su hermana? ¿Qué falangista le denunciará como sospechoso de tibieza, o qué requeté le acusará de masón y descreído?

Se había anunciado oficialmente que los rojos estaban vencidos, copados y rendidos en Teruel. Un diario rebelde norteño explicó su desastre diciendo que 40.000 de ellos con 60 carros de asalto se habían infiltrado —¡vaya infiltración!— en las avanzadas de la plaza y que al verse envueltos por Aranda, pidieron socorro a los suyos, los cuales les enviaron otros 40.000 soldados. Eran, pues, 80.000 los republicanos que habían caído en poder de Franco. ¿No se hacía, pues, indispensable celebrar tan colosal victoria con luminarias, músicas, «Te Deums», colgaduras y procesiones cívico-religiosas?

¿Absurdo? ¿Ridículo? Desde luego. Pero hay algo más. Porque no puede llegarse, por mera inconsciencia, a tanta perfección en la mendacidad. Cuando se miente así, es que existen razones superiores que lo exigen. Franco las sabe. Y nosotros también.

movimiento. Hasta que advirtieron que nada tenía que ver con los «terribles rojos», no me dejaron en paz.

(«La Vanguardia», Barcelona, 11-I-38.)

Hitler y el Papa están reñidos

Berlín, 11.—Al efectuar Hitler su anunciada visita a Roma, vuelve a plantearse el problema de las relaciones entre la Santa Sede y el Tercer Reich.

Como se recordará, desde la firma del Concordato con Alemania, ninguna personalidad «nazi» ha podido ser recibida por el Papa. Por lo tanto, se da por descontado que Hitler tampoco visitará el Vaticano. —Fabra.

Para festejar la toma (?) de Madrid

París, 11.—«Le Peuple» publica la fotografía de un documento encontrado en Teruel, en el que el general faccioso Muñoz preguntaba a Teruel si tenía todavía las bombas reales que habían sido enviadas para festejar la toma de Madrid.

Las clases patronales francesas y la creación del «clima» fascista

Gran emoción en Francia. El escándalo de los «goulards», que parecía olvidado o, por lo menos, pasado a segundo plano en las actualidades político-periodísticas, resucita y toma caracteres impresionadores. Es preso un tal Locuty, ingeniero de la casa Michelin, y confiesa que ayudó a fabricar las bombas que hicieron explosión en los locales de París, domicilios sociales de Confederaciones de las clases que dirigen la economía francesa, y que las llevó personalmente a su destino, y ha agregado que hizo ambas cosas por encargo directo y orden categórica de los jefes del C. S. A. R., la organización terrorista de derecha que ha cubierto Francia de células de conspiradores y de depósitos de armas y explosivos.

Hay más. Hay que está comprobado que el C. S. A. R. se entendía con Franco, le reclutaba hombres y recibía en cambio de él armamento y municiones. Uno de los comprometidos en los atentados a que nos referimos antes, huyendo de la policía, se ha refugiado en San Sebastián. Se ha sabido que algunos de los jefes del C. S. A. R., Pozzo de Borgo, el general Dusseigneur y Moreau de la Meuse, han venido a España y han hablado largamente con Franco. Preparaban la guerra civil en su patria. ¿Acaso Franco les había prometido ayudarles a derribar la República, iniciando una invasión por los Pirineos con la colaboración de italianos y alemanes? De gentes así, que tienen en el corazón y el cerebro la tradición de Coblentz y que confunden la nación con su ideología reaccionaria, hay que creerlo y esperararlo todo.

Como puede verse, los fascistas franceses siguen la misma táctica seguida por los reaccionarios y fascistas españoles antes de la sublevación de julio. Para crear el «clima» favorable a la subversión institucional, para atomizar, para indignar, desconcertar, sorprender y desmoralizar, se dedican a la más baja y vil de las demagogias. Y multiplican los atentados. Y luego atribuyen esos atentados a los partidos y sindicatos de izquierda. Y envenenan las huelgas, cuando no las provocan. Y corrompen agitadores proletarios. Y procuran por todos los medios debilitar y desacreditar a los poderes públicos.

Desde febrero a julio de 1936, España vivió en plena inquietud. Y esa inquietud era fabricada,

con arte infame, con habilidad diabólica, por las extremas derechas. Hubo incendios de iglesias que — luego se ha sabido — fueron provocados por agentes de la reacción. Quemar templos era un medio infalible de escandalizar y sublevar a los creyentes.

En Francia, son organizaciones patronales, más o menos secretas, alimentadas y subvencionadas por las célebres *doscientas familias*, las que ponen bombas en los inmuebles donde tienen su sede los organismos directivos de la producción. Luego, al día siguiente, la prensa venal se encarga de lanzar acusaciones contra los rojos.

¿Bombas en las sociedades de los fabricantes, industriales, banqueros, etc.? ¿Quién iba a ponerlas a no ser los socialistas, comunistas y sindicalistas? Pues, no. Las ponían ellos mismos, teniendo buen cuidado de hacerlo cuando no había convocada reunión alguna. ¿Que morían, en las explosiones, guardias de la paz—como sucedió—, porteros y transeúntes? Eso no tenía ninguna importancia.

Mírese la República Francesa en nuestro espejo. Así comenzó la tragedia española. Las derechas, en todos los países, no son patriotas sino cuando el patriotismo y sus privilegios sociales, políticos y económicos forman un todo armónico y no hay manera de separarlos. Caso contrario, se venden al extranjero. El extranjero, en Francia, son Hitler y Mussolini.

Y vea también el Gobierno de la vecina República si debe continuar aferrado tan ahincadamente a la política de No Intervención. Porque ahora es Franco quien interviene allende el Pirineo. Tiene aliados conspicuos que le facilitan la empresa. Y esos aliados, terroristas de guante blanco, con títulos ducales y con diplomas universitarios, con millones e influencia, disponen de cómplices hasta entre los militares de altísima categoría. Estos días han sonado nombres en Francia que dan mucho, muchísimo que pensar...

¿Para cuándo la solidaridad de los Gobiernos democráticos? ¿Es que se espera a que ya sea tarde? Porque, para entonces, serán el llanto y el rechinar de dientes, que se dice en la Escritura.

F. V.

(Escrito expresamente para el «Servicio Español de Información».)

La generosidad de la República da lugar a ejemplos significativos entre los prisioneros

Un prisionero, piloto de la aviación fascista, rechaza el canje porque no quiere volver a la zona facciosa

Quien nos acompaña en nuestra visita a esta prisión militar, interrumpe de pronto su conversación con unas observaciones. Es posible —todo ha de esperarse del cerrado espíritu negativo de los facciosos y de su interés por ocultar la esencia generosa de la República— que las propagandas fascistas intenten convencer al mundo de que el caballeroso proceder de la España liberal con los prisioneros capturados en Teruel no es sino un efecto momentáneo para impresionar a la opinión internacional. Pues bien; en este patio, donde los presos militares pasean y charlan bajo la leve caricia del sol, podemos hallar un gran número de ejemplos que demuestran que el actual proceder de las autoridades republicanas es un hecho que se ha producido siempre, como corresponde a los estímulos generosos de los defensores de la democracia.

—Podemos escoger uno cualquiera —continúa nuestro acompañante—. Aquel joven, por ejemplo. Se trata de un piloto de la aviación facciosa. Procedente de una base cercana a Zaragoza, cayó en las cercanías de Tarragona cuando tripulaba un «caza». Fué conducido a esta prisión, y al cabo de algún tiempo, y después de tener en cuenta ciertas circunstancias, se le propuso para ser canjeado por un aviador nuestro que se hallaba en poder de

los rebeldes. El le dirá lo ocurrido sobre este particular.

Nos acercamos a aquel joven, que en este momento se entretiene presenciando un entrenamiento de fútbol de otros compañeros de reclusión. Le interrogamos. Nos dice que se llama Cándido Fernández Pérez. Era piloto aviador civil en Zaragoza, y cuando se produjo la sublevación militar entró a prestar servicio como oficial en la Aeronáutica de guerra de los facciosos.

—¿Es cierto que se le propuso a usted para ser canjeado?

—Sí; hace ya varios meses.

—¿Y cómo es que se halla usted aquí todavía?

—Porque como el canje significaba mi retorno a la zona facciosa, no quise aceptarlo.

Y añade:

—Yo sólo aceptaría salir de la cárcel si esto fuese para quedarme al servicio de la República. Pero entre volver al territorio rebelde o quedarme aquí, en esta prisión republicana, prefiero esto último.

Lo dice con la rotunda firmeza de la sinceridad, corroborada con su presencia en este lugar, de donde pudo haber salido hace meses.

—¿Tan poco agradable resulta la vida en el territorio faccioso, para que usted haya adoptado esta actitud?

El piloto dice:

—Soy militar, tengo parientes allá y no debo hablar sobre esto.

Otro preso, un muchacho sonriente, que se ha unido a la conversación, comenta, como para llenar con una deducción lógica el silencio de su compañero:

—Eso demuestra que se está mejor aquí, preso, que allá en libertad.

Un hecho doloroso ha dado lugar a que la gratitud de los prisioneros haya tenido una inesperada forma de expresión. Hace unos días enfermó gravemente el comandante don Arturo Soler Martínez, jefe de las prisiones militares de Valencia. Cuando se habló de que sería conveniente practicarle una transfusión, todos los reclusos se ofrecieron a dar su sangre, con el deseo de salvar la vida del paciente.

El comandante falleció anteayer en su residencia de la prisión de Monteolivete. Y cuando su cadáver fué sacado del edificio, todos los reclusos, agrupados en las galerías y escaleras, presenciaron el acto con ostensible actitud de pesadumbre.

Aquel militar, uno de los intérpretes del sentido humanitario de la República, había ejercido con humana bondad su misión tutelar de los presos y éstos, espontáneamente, rendíanle un homenaje postrero que, en su significación, se hacía extensivo a la magnanimidad de la democracia española.

Un coronel americano dice que el Ejército de la República es un Ejército moderno, con una gran moral y perfectamente armado

París, 11. — «L'Ordre» publica un artículo del coronel Sweeny. Este militar americano ha visitado el frente de Teruel. Actuó de coronel durante la Gran Guerra en Francia y después fué jefe del contraespionaje norteamericano. Dice en su artículo que la lucha en el sector de Teruel continúa con un frío extraordinario. Examina la situación militar y dice que Franco ha estado anunciando durante tres meses una ofensiva que luego no ha hecho. Mientras tanto, el Ejército republicano, que al principio estaba formado por los milicianos y voluntarios de la primera hora, sin disciplina ni organización, ha acabado de transformarse en un Ejército moderno, con una gran moral y perfectamente armado. El coronel dice que en el otoño pasado el Ejército republicano ya era una cosa notable. Dice que Alemania e Italia han dado a Franco aviones, tanques, artillería, soldados y oficiales de Estado Mayor, y a pesar de esto, Franco no gana. Lo que tratan de obtener los Estados totalitarios es la amenaza a las fronteras francesas y el predominio en el Mediterráneo.

El frente mundial de la democracia y de la paz

El discurso pronunciado por el Presidente Roosevelt en la apertura del Congreso americano, es alentador e instructivo para las masas populares de todos los países. Roosevelt habló con la autoridad que le da su calidad de exponente de un gran pueblo, elegido para el cargo que ocupa por una mayoría de más de 27.000.000 de votos.

La gran masa popular de todos los países —dijo en resumen Roosevelt— quiere vivir tranquila, quiere la paz. Sin embargo, la guerra devasta, destruye ciudades enteras, asesina a las poblaciones, destruye las riquezas acumuladas por el trabajo de varias generaciones y lleva el luto y la miseria a la parte del pueblo que no perece; la guerra que desde España se ha extendido a China, amenaza al mundo entero. Y puesto que todos los pueblos quieren la paz, ¿por qué se desencadena la guerra?

Roosevelt lo ha dicho sin vacilar: quieren la guerra, la provocan y la hacen, a pesar de todos los Tratados y de todas las nociones del Derecho internacional que parecían adquiridas por toda la humanidad, las dictaduras fascistas; esto es, los Gobiernos que ocupan el Poder sin contar con el pueblo y gobiernan en contra de la voluntad de éste; los Gobiernos sobre los cuales los pueblos no tienen ninguna posibilidad de hacer prevalecer los propios intereses colectivos y la propia voluntad.

«En otros términos —dijo textualmente Roosevelt—, la paz se halla seriamente comprometida por los países en que la democracia fué eliminada (como Italia y Alemania) o no ha existido nunca» (como es el caso del Japón).

La relación sobre la cual tanto hemos insistido, entre el fascismo y la guerra, está claramente establecida e indicada.

Nosotros estamos particularmente agradecidos al Presidente Roosevelt por haber hecho esta distinción, necesaria entre el pueblo y el Gobierno —en los países de dictadura fascista—, que implica también una separación de la responsabilidad política e histórica. El pueblo italiano (como el alemán) no es responsable de la política criminal de guerra del Gobierno fascista, sobre el cual no puede ejercer ninguna influencia, y del cual es la mayor víctima.

Pero el Presidente Roosevelt, basándose siempre en la clara lógica de las masas populares, no se ha limitado a señalar el mal; ha querido también indicarnos el remedio. Dado que las dictaduras fascistas —coligadas en el eje Berlín-Roma y en el triángulo que se extiende a To-

kio— infringen los Tratados, pisoteando los principios más elementales de humanidad, llevan a cabo una guerra de exterminio en España y en China y amenazan con desencadenarla contra los demás países, ¿qué se debe hacer para restablecer y defender la paz?

Roosevelt, repitiendo los conceptos expresados ya en su anterior discurso de Chicago, preconiza la coalición de las potencias y de las fuerzas democráticas para hacer frente a los agresores e imponer el respeto a los Tratados como se impone a los bandoleros el respeto a la ley. Este es el verdadero camino que se ofrece hoy a la humanidad para defenderse de la ruina y de la barbarie de la guerra. La unión de las potencias democráticas es una firme resolución para defender e imponer por todos los medios la paz a los pueblos.

Sí; la situación es clara. La santa alianza fascista del triángulo Berlín-Roma-Tokio representa la unión de las fuerzas de la guerra; de las fuerzas que dirigen ya la guerra en España y en China y que se preparan para extenderla al mundo entero.

Reflexionad sobre las cínicas declaraciones del Ministro japonés de Interior: «Decíamos bien. Sean cuales fueren las precauciones que podamos tomar, el resultado será el mismo: una conflagración general; así lo quiere el destino». El destino... es la voluntad de los intriganes militares que gobiernan al Japón al servicio de los banqueros y en contra del pueblo.

Reflexionad sobre el significado particular que se ha querido dar en Italia a las evocaciones del discurso del 3 de enero: «Así como el fascismo consiguió vencer a la democracia en Italia, de igual modo logrará vencerla en el mundo».

Por lo tanto, guerra a todos los países democráticos so pretexto de batir a la democracia.

Se juega a carta descubierta. La santa alianza amenaza abiertamente con la guerra, y el pueblo italiano está destinado a ser el primero que sufrague los gastos de sangre y de dinero.

A la santa alianza de la guerra, hay que oponer el frente de la paz.

El discurso de Roosevelt viene a aumentar el afán de unión de las fuerzas de la paz, que son la de la democracia y la libertad.

Para el pueblo italiano, como para todos los pueblos, la lucha por la paz se confunde con la lucha por la conquista de la democracia y de la libertad.

GIUSEPPE DI VITTORIO

(«La Voce Degli Italiani». 5-1-37.)

“La lucha en Teruel es el fin de la guerra”

(Emisión de Radio Bilbao a las 8.30 horas del día 11 de Enero de 1938)

Las radios facciosas prosiguen su carrera de embustes. Embustes a la ligera, sin el menor cuidado para huir de la contradicción en que a cada paso incurrían.

Cada radio instalada en territorio rebelde habla a su capricho y miente a su manera. En cada región de la España invadida hay una mentira autónoma, de patria chica, pintoresca, que interpreta de modo distinto el suceso acaecido en Teruel.

En un mismo día se reza en Zaragoza ante los cadáveres de los periodistas extranjeros que acudían fiados en la palabra de Franco a la liberación de Teruel y se brinda en Sevilla por la inminente conquista de Castellón. A una misma hora se reconoce en Salamanca que las inclemencias del tiempo obstaculizan los avances del ejército “nacionalista” y se afirma en Burgos que en Teruel no ha pasado ni pasará nunca nada.

Al cuarto de hora, Salamanca, Sevilla, Zaragoza y Burgos se encomiendan a la pericia y competencia indudables de un glorioso militar, rayo de la guerra y milagro de la traición: el teniente coronel Rey d'Harcourt, jefe de la plaza sitiada. A la media hora, Burgos, Zaragoza, Sevilla y Salamanca juran y perjuran que Rey d'Harcourt — oprobio bélico y escoria humana — fué destituido del mando a su tiempo debido por inepto. Y se añade, con sobra de impudor, que jamás se le consideró como caballero, ni se le supuso nunca valiente, gallardo u osado. Tampoco digno, tampoco — mucho menos — falangista a naípe cabal.

Con esto, Salamanca se encomienda al “generalísimo”, Sevilla al diablo — Queipo, con el rabo entre las piernas, cuernos y bigote mejistofélico —, Zaragoza a la Pilarica y Burgos al papa-moscas. Aranda, Dávila y Yagüe patinan sobre la nieve. Teruel es por entero del Ejército de la República.

Pero queda Radio Bilbao. Radio Bilbao aún persiste en la dulce mentira. Dulce y empalagosa ya de tan trasnochada y falsa como es. Escuchemos su emisión del día 11:

“Una vez más se ha demostrado en el frente de Aragón que la infantería roja es completamente impotente.”

No tan impotente, sin embargo, como parece:

“Si las hordas rojas han conseguido entrar en el casco viejo de Teruel...”

¿Qué ha sucedido entonces?

“¡Teruel es una ciudad invencible! Los rojos jamás podrán tomar posesión de ella.”

Tan invencible que: “dentro de pocos días volverá a ondear la bandera de España sobre Teruel. Quedan algunos reductos rojos...”

Entonces... Entonces, prosigue Radio Bilbao, “Teruel es nuestro y en el frente de Teruel vengaremos a nuestros hermanos asesinados por los rojos”.

De nuevo resulta que Teruel es suyo. Ahora bien, no hay que confiarse con tan poco: “Siempre existe algún traidor que pesca en aguas turbias; no olvidéis, queridos hermanos, lo que dijo el mes pasado el Excmo. Sr. Obispo de Burgos en su pastoral: el parte de guerra del Cuartel General de Salamanca es artículo de fe.”

¿Artículo de fe? ¿Desde cuándo? El “generalísimo” ha dicho recientemente en su parte de operaciones que Rey d'Harcourt se había rendido con toda su guarnición. ¿En qué quedamos?

Puesta en apuro, Radio Bilbao no concreta: “La jornada de hoy sigue, como todas, avanzando, avanzando siempre, para gloria del ejército de Franco, que constituye la admiración del mundo entero. Si hoy no podemos dar más detalles, es por falta de tiempo y no por otra cosa, pero nuestras tropas ganan terreno tanto en el ala derecha como en la izquierda.”

Y para final, esta exclamación rotunda que parece salida del fondo de la conciencia para descargarse de engaños y otras pesadumbres:

“¡La lucha en Teruel es el fin de la guerra!”

El general Rojo rinde homenaje al Ejército

Ayer se hizo público el siguiente telegrama, que por sí solo descubre la modestia y nobleza de sentimientos del forjador de la victoria de Teruel:

“El general Rojo ha dirigido al ministro de Defensa Nacional el siguiente despacho:

Recibo su telegrama comunicándome concesión recompensa y su felicitación en nombre del Gobierno. Se lo agradezco profundamente. No la merezco más que cualquier otro de los que aquí han vertido su sangre, cosa que aún no he hecho yo. Me bastaba con ver al Ejército, al país y al Gobierno que lo dirige, satisfechos del resultado de las operaciones, cuya gloria corresponde por entero a cuantos nos han dado este triunfo con su sacrificio, y yo lo

estaba no sólo por ver triunfante al Ejército popular, al que me siento orgulloso de pertenecer, sino por haberle visto decidido y valiente en la lucha, llegando hasta el sacrificio, noble y digno en la conducta con los vencidos y guiado por jefes y comisarios en los que no ha flaqueado el entusiasmo y la destreza. En Teruel se ha obtenido un triunfo militar positivo, pero lo que vale más es que en Teruel la República ha encontrado su Ejército, con el que puede la España democrática, republicana y progresiva, tener fe ciega en su victoria. Al reiterar a V. E. y al Gobierno mi gratitud, me honro en proponerle la creación de un sencillo distintivo para cuantos han tomado parte en esta brillante operación.”

NOTA INTERNACIONAL

Los temerarios designios del dictador lusitano

Las agencias hablan del descontento de que da muestra una parte de la oficialidad del Ejército portugués a causa de las peligrosas inclinaciones del dictador en materia de política internacional. El disgusto se acentúa, al parecer, por ciertas reformas que se pretenden introducir en los cuadros de mando. Oliveira Salazar estima, sin duda, que aún quedan en el Ejército elementos de significación democrática a los que es preciso extirpar para que la dictadura pueda vivir tranquila.

Sería ingenuo querer convencer a la opinión europea que el régimen de tiranía que hoy soporta la nación vecina está aceptado por la opinión pública. La verdad es que Salazar se ha hecho temer por una represión durísima contra la oposición republicana, cuyos mejores hombres padecen la tortura de las prisiones y el exilio. Pero es indudable que, a pesar de este desenfreno del terror político, que la llamada Policía del Estado ha hecho culminar en episodios bochornosos, como los de la entrega de republicanos españoles a las cuadrillas de asesinos de Falange, en Portugal existe una sorda efervescencia popular que alcanza a las capas intermedias del Ejército.

De un tiempo a esta parte, las inclinaciones fascistas de la dictadura se manifiestan en maneños que no es injusto denominar antipatrióticos por parte de Oliveira Salazar y de sus cómplices políticos. La tradicional política lusitana de amistad y colaboración con Inglaterra ha sufrido un trauma alarmante. Salazar desea entenderse con la Alemania nazi, aunque se debiliten las relaciones anglo-portuguesas y se ponga en riesgo evidente el interés de la nación. Hitler necesita bases atlánticas para llevar adelante sus proyectos de expansión y ha pensado nada menos que en controlar las islas Azores, donde hace poco estuvo el ministro alemán von Blomberg con un grupo numeroso de técnicos y militares nazis. La intervención alemana en España, hecha con la misma finalidad, forma parte indudablemente de un vastísimo plan de germanización de la península que facilitaría además ulteriores proyectos con relación a algunos países de América tocados ya de influencia fascista. Recuérdese que el re-

ciente golpe de Estado de Getulio Vargas en Brasil está estimulado por los alemanes, los cuales sueñan con sustituir la influencia comercial de otros países en territorio tan rico y prometedor como el brasileño.

Hay todavía otro aspecto que tiene que inquietar a la opinión portuguesa, por muy acostumbrada que esté a las demasías de sus actuales gobernadores. Es el problema de las colonias. Por la intervención de Portugal en la guerra de 1914, le fué ampliado su territorio colonial. Alemania, que se vió desposeída entonces de sus colonias, desea reivindicarlas en un arreglo de conjunto por medio de pactos parciales que le permitan recomponer su imperio y buscar una salida a la terrible crisis económica que ha desencadenado el régimen hitleriano. No es un secreto para nadie que ha pensado en Portugal, como en Holanda y en Bélgica. Las inclinaciones totalitarias de Salazar han hecho sin duda posible que Alemania encuentre en él, a este respecto, facilidades que le niegan otras naciones suficientemente avisadas para que comprendan que el reforzamiento económico de los agresores no hace más que aumentar los peligros de una nueva conflagración universal.

A pesar de la falta de publicidad que hay en Portugal y de las campañas “oficiales” que pretenden desorientar al país, éste conoce los maneños de Salazar y comprende la catástrofe que, a la larga, significaría semejante política. Que por medio de la diplomacia secreta ingrese Portugal en la constelación de las naciones guerreras y acepte además como garantía una hipoteca sobre sus colonias, es algo que tiene que agotar la paciencia de los portugueses de buena fe, incluso de aquellos que sientan el horror de las convulsiones revolucionarias. En el Ejército hay, según informes, bastantes elementos que aún habiéndose identificado con Salazar en otro tiempo, le retiraron ahora su confianza y se preparan a hacerle desistir de tan desatinadas ideas, llegando incluso a un acuerdo con los republicanos y demócratas que jamás han renunciado a salvar a Portugal del despotismo y la pobreza.

Colaborador ocasional del “Berliner Tageblatt”

El “portaplumas” del “duce” reprocha a Londres su poco entusiasmo por Roma

La intimididad germano-italiana se manifiesta en todas las ocasiones y de todas las maneras. Ayer, con motivo del aniversario del gentlemen's agreement, el “portaplumas” de Mussolini —es decir, Virginio Gayda— trasladó su prosa del “Giornale d'Italia” al “Berliner Tageblatt”.

Pero, aun publicada en un periódico alemán, la argumentación mussoliniana sigue conservando su carácter muy particular. Así, leemos en el artículo en cuestión que, desde el acuerdo del 2 de enero de 1937, Inglaterra no ha hecho nada para confirmar y desarrollar la entente con Italia. El autor no puede precisar los medios de que se ha valido Londres para mantener a Roma al margen. Pero nos dice lo que tendrían que hacer los ingleses para demostrar que se preocupan de dar todo su efecto a este gentlemen's agreement de enero de 1937. Esto se descompone en cierto número de preceptos que enumera de esta forma:

“Para el esclarecimiento de las relaciones italo-inglesas, y para el desarrollo de la colaboración entre ambos países, son necesarias cuatro condiciones:

“1.ª Voluntad —que hoy es mínima o nula;

“2.ª Reconocimiento de Italia con todos sus atributos —el Imperio forma parte de éstos;

“3.ª Confianza y lealtad —que no existen en la cuestión de España;

“4.ª Reconocimiento de las nue-

vas realidades históricas —fascismo y nacional-socialismo, eje Berlín-Roma y abandono definitivo de la Sociedad de Naciones por el Reich y por Italia.”

Advertimos que el señor Gayda olvida que es Italia la que se ha introducido en la cuestión española, despreciando los intereses británicos, cuestión en la que nada tenía que ver, mientras que la Gran Bretaña sí podía alegar un derecho a observar a causa de su posición de Gibraltar. Olvida también que, a pesar de esta falta de miramiento y de la segunda intención que permitía sospechar, esta Gran Bretaña no ha dudado en firmar con esta Italia el gentlemen's agreement cuyo aniversario motiva el artículo a que nos referimos. Olvida también que, a pesar de la formación del “eje”, y de los comentarios relativos a las consecuencias que pudieran tener las nuevas relaciones italoalemanas en un porvenir próximo o lejano; a pesar del envío en masa de tropas italianas a la Península Ibérica y de la ocupación de las Baleares, y que a pesar de blandir el “sable del Islam” y de la proclama en que Mussolini se erigió en “protector de todos los musulmanes del mundo”, M. Neville Chamberlain no dudó en mantener con el duce una correspondencia cordial en la que el Presidente del Consejo inglés mostraba su deseo de aproximación con el Gobierno de Roma. Por último, el señor Gayda olvida que Italia, para completar el “triángulo”, ha pactado una alianza con el Japón que

constituye una amenaza descarada a Inglaterra.

A esto hay que añadir que el señor Gayda desdeña considerar que el reconocimiento del “Imperio italiano” se habría, sin duda, efectuado, hace ya algunos meses, si el Gobierno de Roma no se hubiese entregado por dos veces a manifestaciones que atribuían a este reconocimiento cierto carácter de capitulación.

Y puesto que el director del “Giornale d'Italia” comete todos estos olvidos, que no pueden ser involuntarios, hemos de comprender, al leer las condiciones que reproducimos más arriba, que, en suma, Inglaterra comete la gravísima falta de no aprobar todo lo que hace Italia y de no adaptar prudentemente su política a la actitud o actitudes sucesivas de nuestra vecina de los Alpes.

Sólo cuando el señor Gayda declara al final que Italia, “fuerte por su disciplina interior y fuerte por su ejército, espera que la política de los demás se aclare”, exagera un poco en la inversión de los papeles.

(«L'Ordine». 5-1-37.)

La insolencia mussoliniana

Han quedado rotas las negociaciones comerciales entre los

EE. UU. e Italia

Washington, 11. — Las negociaciones entabladas para la concertación de un tratado de Comercio entre los Estados Unidos e Italia, han sido suspendidas, ya que el Gobierno norteamericano no ha querido reconocer al rey de Italia como emperador de Etiopía.—Fabra.